

FONDO
EDITORIAL
ITM

Textos
Urbanos

Albeiro Patiño Builes

**LAS INTERMITENCIAS
DEL CORAZÓN II**
CELOS Y DOLOR

LAS INTERMITENCIAS DEL CORAZÓN II

Celos y dolor

Albeiro Patiño Builes



Las intermitencias del corazón II. Celos y dolor

© Instituto Tecnológico Metropolitano

© Albeiro Patiño Builes

Hechos todos los depósitos legales

Silvia Inés Jiménez Gómez. Directora editorial

Lila María Cortés Fonnegra. Correctora de textos

Viviana Díaz. Asistente editorial

Alfonso Tobón Botero. Diseño y diagramación

Mario Palacio Pulgarín. Traducción de reseña

Sello Fondo Editorial ITM

Calle 73 No. 76A 354 / Tel.: (574) 440 5100 ext. 5197-5382

Editado en Medellín, Colombia en noviembre de 2019

www.itm.edu.co - <https://fondoeditorial.itm.edu.co/>

Patiño Builes, Albeiro, 1967-

Las intermitencias del corazón II. Celos y dolor / Albeiro Patiño Builes. -- 1a ed.
--Medellín : Instituto Tecnológico Metropolitano, 2019.

236 p. (Textos Urbanos)

ISBN 978-958-5414-92-1

1. Novela colombiana 2. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie

863 SCDD 21 ed.

Catalogación en la publicación - Biblioteca ITM

Las opiniones expresadas en el presente texto no representan la posición oficial del ITM, por lo tanto, son responsabilidad del autor quien es igualmente responsable de las citas realizadas y de la originalidad de su obra. En consecuencia, el ITM no será responsable ante terceros por el contenido técnico o ideológico expresado en el texto, ni asume responsabilidad alguna por las infracciones a las normas de propiedad intelectual.

En apariencia, mi vida no había cambiado. En las mañanas, Katerín subía al Camaro y armaba una fiesta. Con frecuencia tenía que llamarle la atención, porque resultaba peligroso manejar con tanto alboroto encima. Entonces se aquietaba y empezaba a cantar. Yo le hacía el coro. Ejecutábamos tantas melodías como el tiempo que tomaba ir de la casa al colegio nos permitía. Después de dejarla a buen resguardo, daba una vuelta por la ciudad. Me gustaba abrir las ventanas y sentir cómo el viento silbaba, potente, al ser cortado por las líneas aerodinámicas del Chevrolet. Así hasta que llegaba de nuevo a casa. En la tarde se repetía el proceso. Iba a recoger a Katerín al colegio y paseábamos por la ciudad antes de regresar al barrio. Pero el ruido, el alboroto, era cada vez igual, y, a veces, peor.

Continuaba trabajando en la Universidad Nacional. Mis cátedras habían mermado considerablemente en Bogotá, pero en Medellín, por el contrario, se habían intensificado. Tal cosa obedecía a políticas internas de la institución, a proyectos de darle un nuevo impulso a algunas asignaturas en Medellín y cambiar ciertos programas en Bogotá, pero todo con la promesa de que cuando de nuevo aumentaran las labores en la capital, yo sería el responsable de llevarlas a cabo. Madrugaba invariablemente y pasaba buena parte del día cumpliendo mis labores de profesor. Al medio día y por las tardes, me encargaba de los asuntos de nuestros

negocios en las librerías. Jacqueline se había alejado de lo que había sido su rol de gerente de la librería en Medellín, el cual, indeclinablemente, yo había asumido. En Bogotá, uno de los empleados fungía de administrador cuando yo no estaba, se encargaba de lo importante y me reportaba lo que debía saber. Yo revisaba facturas, firmaba documentos de proveedores y aliados, tenía citas con prospectos de negocio. Los contratos, en términos generales, iban bien. Y el dinero, a Dios gracias, no dejaba de circular.

El mundo rodaba tan perfectamente, que podría haberme sentido igual de satisfecho que siempre. Pero no era así. Mi interés había decaído. No sentía encendida la potente llama de aliento que antes iluminaba desde mi corazón, esa llama que me hacía sentir pleno y glorioso. Era como si el día hubiera perdido su color, como si las noches no tuvieran luna, ni estrellas, como si el vuelo de las mariposas hubiera cesado y el mundo ya no girara. Mis ilusiones de una vida en paz, alegre, se habían desvanecido. Mi matrimonio estaba al borde de un precipicio. Enfrentaba expectativas que no sabía cómo interpretar. Y me veía frente a una puerta que se abría hacia un mundo desconocido, con un pasado doloroso, un presente confuso y un futuro incierto.

Con Jacqueline nos comportábamos como dos personas que, por una extraña casualidad, deben compartir la casa. Nos saludábamos cuando llegábamos, nos despedíamos cuando íbamos a salir, nos sonreíamos al encontrarnos en medio del corredor. Cuando estábamos con Katerín, incluso, tratábamos temas que tenían que ver con la familia. Como socios, abordábamos lo relacionado con las librerías, nos rendíamos cuentas, en fin. Pero a eso se limitaba nuestra relación: a vernos como un par de vecinos o amigos. No nos manifestábamos cariño ni afectos especiales; no nos

tocábamos ni dormíamos juntos. Ni siquiera compartíamos la cama. Mientras ella dormía en la que siempre había sido nuestra habitación, yo me había resignado a hacerlo en la habitación que antes estaba reservada para las visitas. Nunca tratábamos el tema de la traición. Estaba vetado. Quizás un día tendríamos que enfrentarlo como un hecho real, algo que había sucedido. Solo ese día, quizás, el mundo y la vida volverían a ser los mismos de antes.

Me sentía como el protagonista de una trama perversa. Jacqueline y Katerín por un lado, Genevieve y Simón por el otro. En medio, yo. Todos actores representando el papel que nos habían entregado. Me parecía que desde afuera el mundo nos miraba, criticaba las acciones de cada uno, como si se tratara de hallar gazapos en el guion de un mal escritor. Y por más que me dolía, que quería escapar y romper las cintas que hasta ahora se habían filmado, no podía. Estábamos atados a la vida, como las imágenes estaban fijas en los rollos de una película.

Jacqueline debía sentir que cada mañana se encendía una nueva máquina de tortura. Supongo que ella, como yo, no quería separarse. Pero los sucesos nos apabullaban, aplastaban nuestro ánimo y nuestras intenciones. Ella había dejado de verse con aquel hombre, pero no podía borrar el hecho de que, en su vientre, llevaba un hijo suyo. Yo no podía más que mirarla entristecerse cada día, sentirla llorar cada noche, sin poder disfrutar lo que, en otras circunstancias, de seguro la habría hecho feliz. Ella era la única que podía decir o hacer algo.

Por mi parte, abonaba la idea de separarme de ella, muy a mi pesar, por tener que dejar también a Katerín. Quizás sería una decisión sana que nos permitiría llevar una vida menos tormentosa. La niña cargaría con el peso de tener padres

separados, pero sufriría menos que al vernos diariamente destruyendo la poca confianza que nos quedaba. De esa forma, además, yo reanudaría mi vida. Tomaría distancia de Jacqueline, de Genevieve, pensaría con cabeza fría lo que sería más conveniente para ellas, para Katerín, para Simón.

Pero las cosas no eran tan fáciles. Cada mañana, al abrir los ojos, sentía que, a mi lado, también despertaba el tortuoso fantasma de la duda. ¡Todo había sucedido con tanta rapidez!: mi reencuentro con Genevieve, el descubrimiento de que ella tenía un hijo, de que su hijo estaba en coma, y de que, además, también era mi hijo; las llamadas telefónicas a nuestra casa, cortadas abruptamente al responder yo el teléfono; las conversaciones en monosílabos que mantenía Jacqueline con ese alguien que solo hablaba cuando era ella la que contestaba; sus ausencias cuando yo regresaba de mis viajes de Bogotá; la lejanía de Katerín porque estaba con sus abuelos; la noticia de Jacqueline de que estaba embarazada de su amante. En sucesión, las imágenes me daban vértigo. En conjunto, se trataba de una trama muy compleja para digerirla de una sola sentada. Necesitaba tiempo para procesarlo todo. Mucho tiempo. De preferencia, solo.

Por eso, cada vez que podía, me alejaba de todos los que me rodeaban. Intenté con la lectura, con la escritura. Pero, en definitiva, no me concentraba en nada, no hallaba nada qué hacer. Así que lo único que me quedaba era meterme en la cabina del Camaro, tomar la autopista, acelerar y recorrer de extremo a extremo la ciudad. En la universidad, dictaba mis clases con cumplimiento. Luego me encerraba en la oficina, y allí, con las manos cruzadas detrás de la cabeza, sosteniéndola, me metía en las imágenes que se dibujaban, ambiguas y mutantes, en las manchas e irregularidades del techo.

Mi vida con Jacqueline se había convertido en una mera escena. Debía tomar una decisión. Y esa decisión apuntaba a separarnos, aunque nos doliera, aunque le doliera a Katerín. Me parecía terrible, pero también injusto, seguir en aquella representación. Sentía que dejaba de ser un hombre, que vivía como ser humano, pero que tiraba a la basura, cada día, lo que me quedaba de dignidad. Además, no podía negarme al hecho de que la sombra de Genevieve me perseguía. Recordaba con nostalgia los momentos que habíamos pasado juntos, los días en que ella aparecía, silenciosa, como escondida, entre las estanterías de la librería en Bogotá. Recordaba el CD de Mahler que me había regalado. Escuchar su música revivía en mi mente los días en que tomábamos capuchino en el Centro Comercial Andino, nuestras largas conversaciones, la tarde que fuimos a ver a Simón a La Calera, la verdad que cambió para siempre mi vida. Acostado en la cama, en la habitación de las visitas, no podía evitar que las lágrimas afloraran, que rodaran, frías y duras, por las comisuras de mi rostro hasta llegar a la boca.

Al despertar, después de pasar una larga noche de desvelos, sentía arder mis ojos. Me pesaba la cabeza. Había amasado, durante horas, ideas y dudas, me había planteado decenas de problemas, pero no había hallado, finalmente, ninguna solución. El mundo se me presentaba como una pintura que día a día perdía su color; se volvía gris, opaca, se abría en pedazos, como una prenda que después de mucho tiempo al sol y al agua, se vuelve flecos y luego añicos. Nada se reflejaba en mis ojos, a ningún lado apuntaba mi dirección.

★

En la mañana, me había despertado, había permanecido en la cama durante cerca de media hora, pensando, y le

había dado vueltas interminables a la situación. Seguía preguntándome qué sería lo mejor para mí, para Jacqueline, para Katerín. La cabeza empezó a darme vueltas. En el estómago, una sensación de vacío me empujó a levantarme. Me senté en la cama, puse los pies en el suelo y luego me calcé las chanclas. Estaban tan frías como la baldosa. Me puse de pie y abrí la puerta de la habitación. Había un silencio enorme, denso y pesado, como si en el interior no hubiera ningún ser vivo. Katerín no brincaba, no se oía reír. Jacqueline tampoco estaba en la cocina, ni se veía en el vestíbulo ni en el comedor preparando el desayuno. Repasé toda la casa, incluyendo los cuartos de Jacqueline y de la niña, pero no las hallé en ninguna parte. Era como si de un momento a otro el mundo se hubiera convertido en un insólito paisaje, triste y desolado.

Me fui a la sala, me planté de pie frente a la ventana que daba a la calle. En el horizonte brillaba un sol débil, cubierto por delgadas nubes grises. Los árboles habían perdido parte de su frondosidad. Los pájaros, revoloteando de una rama a otra, se perseguían mientras hacían círculos en el aire. En el suelo, un tapete de hojas cubría el césped. Y la canaleta del agua, sucia de plásticos y papeles arrugados, daba cuenta de la cantidad de tiempo que hacía que nadie le prestaba atención al antejardín. En el exterior, apenas se veía una que otra persona de paso. Pero ni una señal de Jacqueline y de Katerín. Todo parecía indicar que habían salido también de la unidad. Caminé despacio por entre los muebles, repasé con la mirada los rincones de la sala, del comedor, del vestíbulo. En el baño estaba, mojada, tirada en el piso, la ropa de Katerín. Y en la habitación, en el suelo y sobre el colchón, la toalla con la que se había secado Jacqueline y el pijama que se había quitado antes de cambiarse de ropa. ¿Adónde irían?, me pregunté. Apagué todas las lámparas que habían dejado

encendidas antes de salir, y me fui de nuevo a la cama, sin desayunar. Se me había ido de golpe el apetito. Me recosté, fijé la mirada en el techo y traté de dejar mi mente en blanco. Me concentré en los latidos de mi corazón. Parecían los pasos de un caballo al galope.

Un vacío enorme llenó mis órganos digestivos. No veía qué otra cosa hacer diferente a esperar a que regresaran. Supuse que habrían salido a algún parque, a la biblioteca, que estarían en el jardín botánico, o en el planetario. Había tantos planes que hacer un sábado en la mañana. Sólo me preguntaba por qué yo no estaba con ellas. Jacqueline y yo no atravesábamos nuestro mejor momento. Es más, con frecuencia, ella salía por las tardes, se perdía, sola, desde la una hasta las ocho o nueve de la noche. A veces me preguntaba qué hacía y con quién. Cuando llegaba a la casa, Katerín estaba encerrada, estudiando, o tirada en el piso viendo televisión. Y ella, pensaba yo, no debía verse afectada por nuestras disputas.

Finalmente, me fui a la cocina y puse a calentar pan. También calenté agua en una vasija. Cuando el pan estuvo caliente lo bajé, lo puse en un plato pequeño y le eché mantequilla. Deposité dos cucharadas de chocolate en la vasija y batí con fuerza. Serví en una taza. Puse el pan y el chocolate en la barra americana. Tomé, además, dos galletas. De la nevera saqué, también, un pedazo de queso y dos mortadelas. Me senté en silencio a comerme aquel desayuno que me supo a cueros sucios y empantanados. No podía dejar de pensar en la soledad que rodeaba la casa. Cuando terminé sentí que mi respiración era lo único que interrumpía aquel silencio ensordecedor. Me fui a la habitación y me acosté de nuevo, con las cobijas hasta la cabeza.

En la cama, no pude dejar de pensar en aquel corto momento dedicado al desayuno. No recordaba haber desayunado solo

en los últimos años. En semana, al menos, me acompañaba Jacqueline y los fines de semana, nos sentábamos los tres a la mesa. Había que lidiar con Katerín, a veces regañándola, y, a veces, haciéndole promesas en relación con ir a ver una película, o asistir a una sesión de circo, o a un espectáculo infantil de moda, con el fin de que lo consumiera todo, o siquiera lo más nutritivo e indispensable para su nutrición. Verme en aquella mesa, apenas rodeado por sillas vacías, me hacía recordar mis épocas de juventud. Un nudo gigantesco, como una fruta amarga, se me atoraba en la garganta. Me costaba respirar. Me bajé las cobijas hasta la cintura. Me puse bocarriba, a mirar las tablillas en el techo. Las figuras del grabado me hicieron caer en un estado soporífero. Pero no me dormí. En cambio, pensé en el hombre con el que me había traicionado Jacqueline. Ese con el que ella se había comportado desinhibidamente, según me dijo, dando rienda suelta a sus más bajos instintos. No lograba comprender cómo pudo hacer con un desconocido lo que hacía conmigo en la intimidad, o, como me había insinuado, lo que por diferentes razones nunca nos habíamos atrevido a hacer ella y yo. La imaginaba en los brazos de otro hombre, desnuda, entregada a actos que siempre consideré que solo yo había vivido con ella, y un frío terrible me recorría la espalda.

A las diez de la mañana no habían llegado y empecé a sentirme preocupado. Por primera vez en mi vida maldije la declarada enemistad que tanto Jacqueline como yo teníamos con el teléfono celular, ese extraño bicho que poco a poco se había metido en la vida de muchos seres humanos alrededor. Pero estaban los teléfonos fijos y nosotros teníamos uno. Entonces, me pregunté, por qué no me habían llamado. Llamé a la librería; pensé que tal vez Jacqueline había decidido darse una vuelta por su antiguo lugar de trabajo, aunque

hacía semanas, al parecer, no le importaba para nada. Me respondió una chica que reconocí. La saludé y le pregunté si mi esposa se había presentado en la mañana. Me dijo que no, que hacía días no la veían. Me despedí de ella y sentí cómo colgaba el teléfono; la línea quedó recorrida por las señales graves de un pitido desesperante. Permanecí con la bocina pegada a mi pecho durante algunos segundos; me preguntaba dónde podrían estar.

Me sentía inquieto, como un ratón al que meten en una pequeña jaula y empieza a reconocer el terreno. Me fui al estudio y busqué algún libro de mi interés. Pero, como siempre que estaba intranquilo, todos me parecían ajenos a mi gusto. Leí las primeras páginas de uno que otro, pero en todos encontré algo que me desconectaba: las primeras palabras, el estilo de la narración, los párrafos extensos, las frases largas que me hacían perder la continuidad de lo que leía. Desistí de la lectura y me fui a la sala. Miré durante largo tiempo por la ventana. Vi pájaros volando por encima de los árboles, nubes avanzando a paso lento, como sin prisa; observé la línea del horizonte, parecía trazada con un bolígrafo; después miré las cortinas, la distribución de los muebles; finalmente, me encontré con una pequeña mancha en una de las paredes, justo detrás de donde quedaba la puerta cuando estaba abierta.

A las once y treinta minutos volví a coger el teléfono y a marcar a la librería. Me respondió la misma chica de la vez anterior. Le hice la misma pregunta y ella me dio la misma respuesta. Después de colgar me fui a la sala y traté de relajarme en el sofá. Me preguntaba en qué momento Jacqueline había dado aquel cambio tan radical. Sabía que yo tenía parte de responsabilidad: la había descuidado. Además, ella debió notar algo en mi comportamiento desde que yo empecé a verme con

Genevieve. ¡Todo había sucedido tan abruptamente! Como cuando se larga el primer chaparrón de invierno. No te das cuenta hasta que lo tienes encima, persiguiéndote.

Me parecía extraño que Jacqueline no se hubiera comunicado conmigo. No era en modo alguno normal. Ella siempre estaba tan atenta, siempre tan pendiente de que todos supiéramos dónde estaba cada uno. La casa estaba desordenada, las camas sin tender, la ropa tirada en cualquier parte, como si por el interior de las habitaciones hubiera pasado un terrible ciclón que lo hubiera revolcado todo. Además, Jacqueline era muy cumplida en sus horarios. Y si bien no tenía ninguno que cumplir en relación con empresa alguna, sí había pasado la hora del desayuno, se aproximaba la hora del almuerzo. Empecé a pensar que tal vez hubiera ocurrido algo grave, algún accidente.

Las peores ideas empezaron a rondar por mi cabeza. Me deslicé a la que siempre había sido nuestra habitación y ahora era la habitación de Jacqueline, abrí el clóset e inventarié sus vestidos. Todo parecía estar allí. Quizás se me escapaba una que otra blusa, tal vez no era capaz de adivinar qué debía de tener puesto en este mismo instante. Pero las prendas allí guardadas no hacían pensar que faltara algo. Atravesé la puerta, ahora de salida. De pronto me di cuenta de que caminaba a toda velocidad. Abrí el clóset de la habitación de la niña e hice el mismo proceso de revisar, prenda por prenda, la ropa de Katerín. Faltaban un par de faldas, un par de sudaderas, pero, en general, y considerando que estaba bien surtida, no me atrevía a decir que hubiera un vacío entre sus cosas. Todo, en términos generales, se veía normal. Lo que quería decir que, al menos, no se habían ido lejos. Me preguntaba si estarían visitando a los padres de Jacqueline. Vivían en El Santuario, al oriente de la ciudad, e

ir allí siempre había sido considerado por Katerín como una salida de camping. Le gustaba pasar los fines de semana con sus abuelos. Podía ser, me dije. Pero las preguntas siguieron aflorando y taladrándome sin cesar.

Traté de recordar las cosas que habían ocurrido la noche anterior. Nos habíamos sentado todos a la mesa, habíamos cenado. Yo había conversado con Jacqueline, le había preguntado cómo había estado su día. Me había dicho que bien, que no había tenido novedades especiales, pero nada más. Katerín, en cambio, había estado más conversadora, aunque, la verdad, por momentos se retraía. Había tenido un día de clases con lecciones incluidas. A la hora de comer se sentó juiciosa en su silla cuando Jacqueline llegó con la cena. Incluso siguió conversando mientras comía. Tanto Jacqueline como yo la animábamos a que se concentrara, a que masticara bien los alimentos, a que no hablara con la boca llena. Pero ella lo hacía a su ritmo, y su ritmo era como el de una palomita que va picando el maíz en una plaza, levanta la cabeza para mirar qué se ve por los alrededores, y vuelve a clavar la cabeza en el piso y a comer maíz concentradamente. Una vez terminada la cena, ayudé a Jacqueline a lavar los platos, Katerín vio televisión; luego, mi mujer leyó una revista de modas, yo me senté un rato en la sala a mirar por la ventana. Finalmente, todos nos fuimos a la cama.

Volví a la habitación de Jacqueline y revisé, uno a uno, los cajones de la cómoda. En el de arriba estaban sus joyas: relojes de colores, con manillas tanto metálicas como de cuero; anillos con y sin gema; cadenas de oro y plata; pulseras grandes y pequeñas, y toda clase de bisutería. Estaban alineados en pequeñas cajas, en el mismo orden que ella acostumbraba y siempre respetaba. En el segundo cajón estaban sus billeteras: las había amarillentas, rojas, marrones,

negras. Parecían pequeñas libretas en las que hubiera podido escribir la historia de su vida. Pero apenas si faltaba una. Supuse que la que llevaría en su bolso de colgar. En el último cajón estaba su ropa interior: había desde atrevidas tangas brasileras hasta curiosos cacheteros; había brasieres; también medias veladas; y camisetas ombligueras de diversos colores. Mientras miraba aquellas prendas no podía evitar pensar en las últimas veces que la había visto vestida con ellas. Hacía semanas que no se dejaba ver más que en levantadora. Evitaba que nos encontráramos cuando lucía apenas su nimia ropa interior.

Cerré todos los cajones de la cómoda, salí de la habitación y me fui al baño. Repasé el desorden que había dejado Jacqueline, con la ropa interior mojada que se había quitado. La había dejado, como era su costumbre, tirada en el suelo de la bañera. Era un juego de tanga y brasier negros, de marca Carolina Herrera. Jacqueline siempre había usado las mejores marcas. Yo nunca se lo había reprochado, podíamos darnos ciertas concesiones y aquello, a fin de cuentas, no le hacía, en modo alguno, mella a nuestras arcas familiares. Abrí el neceser, pero también vi que estaba todo su juego de maquillaje. Igual ella mantenía respaldo de lápiz labial y polvo para la cara en su bolso. Pero si se hubiera ido lejos, supuse que se hubiera llevado todo lo que apreciaba. Apenas si reparé en un frasco que no reconocí. Se trataba de una loción marca Coco Mademoiselle, de Chanel. La destapé y olí su aroma, era como respirar el aire de campo en una mañana de verano. Las lociones de Jacqueline, al menos que yo recordara, eran todas regalos que yo le había hecho en días especiales. Pero esta no se la había regalado yo. Volví a tapar el frasco y a dejarlo en el mismo sitio en que lo había encontrado. Antes de salir del

baño recogí su ropa interior mojada; la llevé hasta el cuarto de servicio y la metí en el tanque de la lavadora.

Volví a la sala y me recosté de nuevo en el sofá. Cerré los ojos, como si quisiera escuchar el sonido de los insectos en el jardín. Pero no escuché nada. En el ambiente, silencioso, como una habitación herméticamente cerrada, parecían haber muerto todos los sonidos, como si se tratara de una cripta después de que han pasado ocho días de una inhumación. En la casa no entraba el ruido de las personas que se encontraban en la parte exterior de la unidad residencial, apenas el molesto ruido de los carros y las motos que pasaban a unos metros más abajo por la avenida. El espacio no podía ser más propicio para pensar. Y pensé. En Jacqueline, en Katerín, pensé en la falta que me hacían, en el temor que me causaban las ideas que llegaban, raudas y acuciantes, a mi mente. Pensaba que debía hacer algo, pero no sabía qué. No quería llamar de nuevo a la librería. Era claro que no era allí a donde habían ido. Además, el hecho de que anduvieran juntas me confirmaba que el lugar apropiado para buscar era otro, y no uno en el que la niña no tendría nada entretenido que hacer. Me sentía como un gorrión al que un niño malintencionado ha apretado con toda la fuerza de sus manos. Me asfixiaba. Quería gritar.

¡Y qué tal si en realidad algo les hubiera ocurrido! ¡Un accidente! ¡Qué tal que un hombre ebrio, al volante de un vehículo sin control, se hubiera ido contra ellas y las hubiera atropellado! ¡O tal vez, mientras fueran por la calle, un endemoniado se les hubiera ido encima con un arma, tal vez un cuchillo, o un revolver! ¡Qué tal que Jacqueline, o Katerín, o ambas, estuvieran heridas! ¡Que las hubieran llevado al hospital! Pero, pensé, siempre se ha dicho que las malas noticias son las primeras en llegar. Las que venían a mi mente eran las peores que pudieran ocurrírseme. Pero, me dije, en

el hospital las habrían revisado. Y Jacqueline no olvidaba nunca su cartera y, en esta, su cédula de ciudadanía y otros documentos, como la licencia de conducir, o la matrícula del carro, que hubieran permitido fácilmente su identificación y la de Katerín. ¿Por qué entonces nadie me llamaba? No, me consolé, como si una divinidad me hubiera enviado su mensaje desde lo alto de los cielos: ellas están bien.

Me dispuse de nuevo y regresé a la habitación. La cama estaba tan fría como helados granizos después de una tormenta. El aire, frío, entraba a mis fosas nasales con dificultad, como si en lugar de oxígeno entrara una sustancia sólida que alguien me empujara con una varilla. Me parecía que el día adquiriría una blancura extraña, como la de un cuadro pintado por un pintor experimental. Todo me parecía un sueño. O, mejor, una pesadilla. Volví a ver en mi mente unas imágenes que no pasaban de ser invenciones nacidas de mi imaginación. Jacqueline, desnuda, acostada en la misma cama con un hombre desconocido. El hombre pasaba sus manos por su cuerpo, la abrazaba, la apretaba contra su pecho, acariciaba sus senos, besaba sus labios, la hacía posar en posiciones ridículas e insultantes.

Abruptamente me levanté, como si me hubiera impulsado una catapulta. Penetré, súbito, a la sala de estar y tomé el teléfono. Marqué el número de la casa de mis padres. Hacía tiempo que no los visitábamos y se me ocurrió que quizás Jacqueline hubiera ido a verlos con Katerín. Sin embargo, cuando el teléfono había repicado tres veces, me pregunté por qué habrían de ir a ver a mis padres sin mí. En ese momento sonó la voz de una mujer al otro lado de la línea. Me tomó un momento reconocerla. Era mi madre.

Me preguntó cómo estaba.

Le dije que muy bien.

Me preguntó cómo estaba Jacqueline.

Le dije que bien.

Me preguntó cómo estaba Katerín.

Le dije que bien.

No quería que se llevara la idea de que las cosas iban mal entre Jacqueline y yo. Que yo llamara era como si cayera nieve en el trópico. Y si me había preguntado por Jacqueline y por la niña era síntoma de que ellas no estaban allí. Desvié la conversación hacia el clima. Me preguntaba, le dije a mi madre, si los cambios temporales no los habrían afectado a ella y a papá. Había cantidades de gente enferma. Y como apenas si nos comunicábamos, era posible que ellos pudieran contraer una gripa u otra enfermedad, sin que nos diéramos cuenta. Le dije que no dudaran en llamarme si llegaban a necesitar algo. Me dijo que estaban bien, que se mantenían en forma, excelentemente, y que perdiera cuidado, que estaban siempre tan ocupados que ella creía que la gripa, u otra enfermedad, no los alcanzaría. Eran más rápidos, bromeó.

Colgamos. Nuestra conversación no tardó más de cinco minutos. No tenía cabeza para pensar en nada, para hablar de nada. Apenas si me imaginaba lo que podría estar ocurriendo en este mismo momento con Jacqueline y con Katerín. La mañana había dado lugar a la tarde y las nubes, que se le atravesaban al sol, habían abierto espacio a una claridad espectacular. El día propicio para salir a dar un paseo por el Parque Zoológico Santa Fe, atravesar el pasaje Junín, ir a conocer la plaza Botero, recién terminada al frente de la fachada principal del Museo de Antioquia y recorrer, de principio a fin, las veintitrés esculturas monumentales que se alzan al aire libre y que, al menos temporalmente, han desplazado el interés por los centros comerciales. Me hubiera gustado pasar el día con mi mujer y mi hija, comprar algodón

dulce, ir a cine y devorar, ansiosos, un balde de crispetas mientras bebíamos una fría Coca-Cola.

Me negaba a llamar a las amigas de Jacqueline para preguntar por ella. No eran muchas, pero en caso de que no estuviera allí, armaría, quizás sin justificación, una desagradable alharaca. No se me ocurrió llamar a ninguno de mis amigos. No le veía el menor sentido. Ninguno era tan cercano a la familia como para que ella lo buscara, así fuera para ir de paseo a su casa y que Katerín jugara con sus hijos.

En la corta lista de posibilidades, apenas si me restaba pensar, otra vez, en la casa de sus padres. Era un sitio en el que, posiblemente, podrían haber ido. Pero, definitivamente, renunciaba, al menos por ahora, a llamarlos. Caminé, despacio, como si tratara de ajustar mis pies sobre las huellas de mis pasos, por el corredor. Por las ventanas entraba un brillo opaco, llenaba todos los rincones de la casa. Apenas si había probado bocado en todo el día, pero no sentía hambre. Miré hacia la cocina; renuncié a entrar. Me costaba pensar en verme otra vez sentado a una mesa con solo sillas vacías. Me detuve, poniendo las manos en la cintura, en medio del pasillo. Levanté la cabeza, miré al techo. Luego, repasé con la mirada los cuadros, un par de esculturas, la organización de la mesa y las sillas en el comedor, los muebles de la sala, las cortinas de la ventana que daba al antejardín. Di un paso, luego otro. Me senté en el suelo, con la espalda recostada al lateral de uno de los muebles. El tapete me transmitía un ligero calorcillo, como el que provoca un menguado verano. Me levanté, caminé, con los brazos cruzados y retorné, como sin alientos, a una habitación que se me antojaba un despiadado patíbulo. Me tumbé en la cama y me dejé vencer por un desaliento que, rápidamente, me hizo caer en un profundo sueño.

*

Cuando desperté, boca abajo, la habitación estaba casi en penumbras. Me acodé sobre el colchón y miré alrededor. La puerta, entreabierta, aunque recordaba haberla cerrado, ofrecía una visión parcial de la casa. Supuse que un ligero viento la habría golpeado hasta ponerla en aquella posición. Hacía un ángulo de cuarenta y cinco grados con el marco. Desde afuera, sin embargo, no llegaban evidencias de vida o movimiento. Ni sonidos, ni luces. Parecía que Jacqueline y Katerín seguían en la calle, divirtiéndose. De estar en casa, la niña me habría ido a despertar; se habría tirado encima de mí; estaría, ahora mismo, saltando y gritando al ritmo de sus locos juegos de atar.

Me sentía solo, en medio de la nada, a la espera de un cambio que trajera, de nuevo, tranquilidad a mi vida. Tenía una sensación de pérdida, de rotura en mi corazón, como si alguien me hubiera partido con una sierra por la mitad. Un vacío, que ya era enorme, seguía creciendo a gran velocidad. Una especie de universo arrasaba con mis espacios habitados. Me parecía que en los momentos más inesperados todos iban huyendo de mí, iban dejando sus lugares y se olvidaban de lo que habían vivido conmigo, sufriendo o disfrutando. Era como tener una vida irreal, una vida que existía en el papel, como si se tratara de una simple novela imaginada por una mente que no terminaba de crearla. Siempre inacabada.

Un problema mayor empezaba a cobrar valor. Descubría, de pronto, que me preocupaba por la ausencia de Jacqueline, que necesitaba saber dónde estaba y si estaba bien, pero que, en el fondo, una parte de mí no quería volver a verla. Al menos por ahora. No la repudiaba, no quería que desapareciera, pero si no estaba a mi lado en lo que faltaba de día, en toda la

semana o el mes siguiente, yo podría seguir viviendo de forma normal. Si la viera, de seguro compartiría con ella las cosas habituales, hablaríamos de la niña, comentaríamos acerca de los negocios y de cómo estaba la situación financiera del hogar. Incluso, eso lo disfrutaba. Era como hablar con una amiga, o con una compañera de trabajo. Pero, acababa de entenderlo, no la necesitaba como mujer, no la deseaba. Y tal cosa no era algo nuevo, había empezado a suceder semanas atrás, quizás, incluso, antes de que habláramos de nuestras mutuas relaciones con otras personas. Saber que ella se había acostado con otro hombre había destruido la confianza que le tenía. Quizás a ella le sucedía lo mismo. Pero yo no me había acostado con Genevieve. Había mantenido una relación oculta, pero en la misma no se habían presentado actividades sexuales. Habíamos descubierto que teníamos un hijo en común. Pero eso que nos unía era consecuencia de una relación que habíamos sostenido veinte años atrás.

Me sentía como en los tiempos de mi juventud. Tenía treinta y siete años, pero había retrocedido, sin darme cuenta, cuatro lustros. Mi cuerpo ya no era el mismo de aquella época, ni mi situación era la misma. Estaba casado, tenía una hija, un empleo, negocios que atender. Ya no me sentía en la necesidad de seguir pensando. Era como si con haber dormido toda la tarde hubiera asimilado algo que hasta ahora me había costado mucho comprender. Sabía lo que tenía que hacer. Solo debía organizar mis ideas en relación con el momento de hacerlo. Además, había consecuencias que debía prever. Pero no podía postergarlo más. Tenía que separarme de Jacqueline.

Debía ir al encuentro de mi otra vida. Esa que había dejado estancada en el pasado y que ahora se me presentaba. Debía buscar a Genevieve, acompañarla en su lucha con Simón. Debía acompañar a Simón, regalarle las horas que hasta

ahora no le había dado. Quizás no podría meterme en su mente, hurgar en los recovecos de su vida inconsciente, pero podía sentarme a su lado, en una silla, a contarle historias, leerle libros.

Por alguna extraña razón, mis pasos me habían ido acercando a Genevieve mientras los suyos la habían ido acercando a mí. Era como si nuestro encuentro fuera necesario. Yo debía enterarme de que tenía un hijo, pero saberlo no podía ser, en modo alguno, el objetivo final de aquel hecho fortuito. Tenía que haber una razón más poderosa, más trascendente. Algo, alguien, debía haber obrado todo aquel escenario, haber escrito aquel curioso guion que se había constituido en la trama en la que ahora éramos protagonistas ineludibles. ¿Qué? ¿Quién? No lo sabía. Pero sabía que debía recorrer el camino que se abría adelante. En ese camino estaban Genevieve, Simón. Y para acercarme a ellos debía alejarme, al menos temporalmente, de Jacqueline y de Katerín. Solo así podría iniciar el nuevo ciclo que la vida me exigía.

2

Mis pies se asentaron sobre el piso frío, casi húmedo. Luego alcancé las chanclas y me calcé. Me puse de pie, sintiendo una opresión abrumadora en el pecho. Mientras avanzaba rumbo a la puerta, sentía que levitaba. Observé el pasillo como si mirara un paisaje en la distancia. Era amplio, de techo alto. Por las ventanas que daban al jardín se filtraban hacia el interior los moribundos rayos del sol. El sofá estaba en su sitio, pero dos pequeñas figurillas metálicas, sobre una mesa de lujo en el corredor, parecían haber sido movidas por alguien. Uno de los muros estaba decorado con un enorme cuadro, la imagen parecía la de una ciudad antigua, pintada con pinceladas romas. El fondo era oscuro, casi negro. El cuadro significaba mucho para Jacqueline, pero no era la gran obra. Al fondo, la puerta de la alcoba principal estaba cerrada. Lo que significaba que ella debía estar allí. La había dejado abierta antes de acostarme y solo ella pudo haberla cerrado. Me acerqué a la habitación de Katerín; la puerta estaba abierta, como la vi por última vez al mediodía; en su interior no había nadie. Me pareció extraño. Me acerqué, entonces, lentamente, a la puerta que daba a nuestra habitación, o a la que antes había sido nuestra habitación. Agarré con la mano derecha la poma de la chapa y empecé a abrir despacio la puerta. Allí estaba Jacqueline: acostada, hecha un ovillo, cobijada hasta los hombros. Tenía los ojos cerrados, pero los abrió apenas me sintió abrir la puerta. Me miró como sin

alientos, como si estuviera sedada. Una forzada sonrisa se le enturbió rápidamente. Ondulaciones leves de su rostro se desvanecieron al caer su cabeza de nuevo sobre la almohada. La vi replegada, como un animal herido que presintiendo arremetidas salvajes se resguarda debajo de una mesa. Miré con sorpresa aquel comportamiento. No me atrevía a hablar, pero al final lo hice para preguntar:

—¿Te sientes bien?

—No —contestó ella, llevándose una mano a la boca y pasándose un par de dedos por los labios resecos. Abrí la puerta de par en par y me deslicé lentamente en el interior de la habitación. Cuando estuve parado a un lado de la cama, vi lo cansada que se veía.

—¿Dónde está Katerín? —le pregunté.

—No te preocupes —me dijo—. La llevé con mis padres.

Me pareció que me hablaba de algo extraño para mí. Claro que conocía a sus padres. Pero, ¿por qué había dejado a nuestra hija con ellos? No quería, sin embargo, indagarla sobre aquel tema; la veía acorralada por alguna dolencia que yo desconocía y no quería que se sintiera fastidiada.

Me agaché ligeramente, puse el dorso de mi mano en su cuello y ausculté su temperatura. Estaba bien. Pero parecía que en algún momento del día una dura fiebre la hubiera golpeado.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Aborté —me respondió secamente, clavándome con fugacidad la mirada triste que nacía de unos ojos que sentí inundados de dolor. Luego, cerró los ojos. Hundió la cabeza de nuevo entre los cojines y la almohada. Tomó una bocanada de aire y se quedó pensativa. Finalmente, agarró una punta de la cobija y se tapó con ella hasta la punta de la nariz.

*

Había caído la noche y Jacqueline y yo permanecíamos en la cama, uno al lado del otro, sin hablarnos. Ella todavía aovillada, como si le costara demasiado permanecer en otra posición; yo, boca arriba, con la mirada clavada en el techo. Ella acababa de despertar. Había tenido algunos minutos de buen sueño, pero de pronto había abierto los ojos, me había buscado con la mirada y me había dicho que no soportaba el dolor en la cintura. Por un momento le acaricie el vientre, como si esperara que floreciera. Sin embargo, era lo contrario: lo que acababa de hacer, le había dicho su médico, podía significar que nunca más pudiera volver a concebir. Los segundos pasaban. Los contaba en el incesante *tic-tac* del reloj en el vestíbulo. Me parecía que la tierra estaba llena de melancolías, que lloraba desde el fondo de sus entrañas. Jacqueline, al parecer haciendo un gran esfuerzo, se dio la vuelta. Quedó de cara a mí. Me miró. Había una tristeza enorme en sus ojos. Parecía un pequeño animal herido.

—No quiero que me preguntes nunca sobre esto —me dijo—. Te pido, incluso, que nunca más lo volvamos a mencionar.

Por un momento me miró con los ojos como platos. Parecía que le fueran a reventar. Negué despacio con la cabeza y le puse la mano en el hombro.

—Entiendo que te sientas mal —le dije—. Comprendo lo que significa para ti.

Vestía un pijama de camisa y pantalón blanco. Se había quitado todos los adornos: el reloj, los anillos, la hebilla que le amarraba el pelo. No tenía rasgos de maquillaje, como si en algún momento, después de haber llegado a casa, se lo hubiera lavado. Lucía un aspecto completamente natural. Pero se veía agotada, como si hubiera pasado un día terrible.

Jacqueline clavó su mirada en mis labios. Los observaba de forma extraña, como si quisiera detener las palabras que salían de mi boca. Guardé silencio y volví a mirar fijamente las tablillas del techo. ¡Qué difíciles y contradictorios pueden resultar algunos momentos de la vida!, pensé. Sin mover la cabeza, apenas los ojos, observé los largueros que sostenían las tablillas, el diseño que se adivinaba, estático, en el conjunto del techo; sentí crujir la cama con un movimiento de Jacqueline; percibí el murmullo que despedía el conjunto de la casa; sentí en mi carne el calor de la piel de mi esposa; me adormecí, apesadumbrado, entre los vaporosos aromas que emigraban de nuestros cuerpos. ¿Cómo dejar atrás la realidad real y dejarnos tragar por una realidad ficticia en la que todo fuera hermoso, donde no existiera el dolor?, me pregunté.

—Quiero volver a construir un hogar feliz —me dijo Jacqueline sin levantar la cabeza—. Los tres juntos: tú y yo, y Katerín. Quiero que me veas como tu mujer, no como tu enemiga.

Contemplé sus ojos hinchados. Había llorado mucho. Sobre sus mejillas, unas oscuras bolsas, gruesas y húmedas, la hacían parecer mayor. La compadecí. Apenas hacía unas horas estaba dispuesto a dejarlo todo, especialmente a ella, e irme lejos. Y ahora el mundo me mostraba otra cara, ella me hablaba de otra vida. ¿Qué hacer, entonces? Aunque, me dije, no se trata de lo que podemos hacer. Seguramente muchas cosas; basta tener la voluntad y los caminos se abrirán ante nuestros pies. Pero también vinieron a mi mente las imágenes de Genevieve, de Simón y entonces volví a sentir cómo la maleza salvaje crecía a mi lado y me tapaba el camino. El dolor, me dije, es lo único verdadero, todo lo demás pierde valor ante él. Tomé su mano y la llevé hasta mi boca; la besé con ternura, como si besara la mano de una niña. Sus uñas

estaban limadas, sus dedos limpios. Me pregunté quién era yo para querer distanciarme de ella, para dejar fuera de mi vida, en buena medida, mi retoño, para abandonar el hogar. Otras vidas me reclamaban, era cierto, las sentía cada vez más apremiantes en mis pensamientos, pero ahora, de nuevo, no sabía qué ruta tomar.

—¿Te dijo el médico en cuánto tiempo estarías bien? —le pregunté.

—No —me contestó ella—. Me dijo que todos los organismos son diferentes, que cada uno tiene su tiempo de recuperación, pero que en una semana debía estar mejor.

—¿Tienes hambre? —le dije.

—No —me respondió—. Solo quiero dormir.

Le dije a Jacqueline que iría a ponerle seguro a la entrada y a apagar las luces para que nos acostáramos. Me puse de pie, caminé hasta la puerta en silencio, mirando al piso, y salí de la habitación. Atravesé el corredor, me acerqué al cuarto de la niña, le eché un vistazo. Me hacía falta. Pero, pensé, es mejor que no esté en casa en estos momentos. Prefería que no viera a su madre enferma, que no sintiera en el aire el vaho de las razones que la llevaban a estar en cama todo el día, quizás tres o cuatro días más.

Mis pasos eran lentos, como los de una pequeña tortuga sin destino. Me parecía que todos los ecos habían desaparecido de la casa. No había ruido de talones, ni risas saliendo de la boca infantil. Deseaba, con todas las fuerzas de mi corazón, sentir en este momento el abrazo de mi hija. Sería la promesa de que habría un mañana y de que ella estaría en él, esperándome. Pensé en Genevieve, en los abrazos que le había dado. Echaba de menos los momentos que había pasado con ella en Bogotá, las llamadas que me hacía por teléfono cuando menos lo esperaba, sus apariciones repentinas en la librería, nuestras

caminatatas, lentos, cabizbajos, en busca de la zona de comidas del centro comercial, nuestras conversaciones mientras tomábamos capuchino, mirando a la gente que pasaba y nos atisbaba como si fuéramos un par de enamorados.

Tenía la impresión de que el tiempo pasaba demasiado aprisa. No quería volver a la habitación, enfrentar los ojos de Jacqueline, su mirada mendicante, pidiéndome que volviéramos a empezar. Sabía que podíamos, pero no era el momento. Hacía muy poco tiempo el mundo había descargado sobre nuestras humanidades su estocada mortal. Ella había estado con otro hombre, había concebido un hijo de él, ahora lo había abortado. Yo me había visto durante meses con Genevieve, me había dado cuenta de que veinte años atrás ella había tenido un hijo mío. Con Jacqueline, hacía semanas que vivíamos en la misma casa, pero como extraños. ¿Qué podía esperarnos en estos momentos? Quizás pasarían unos días más, tal vez semanas, en las que nos miraríamos como dos seres arrepentidos, pero al mismo tiempo deseosos de una nueva oportunidad. Como un par de niños que después de pelearse quieren sentarse juntos a comer un helado. Lo que no sabíamos, ni ella ni yo, era cuánto tiempo pasaría antes de que nos reclamáramos. Podíamos hacernos promesas, decirnos que nada nos haría volver sobre pasos ya recorridos, que miraríamos hacia adelante, solo hacia adelante, y que construiríamos sobre las cenizas un nuevo castillo.

Traté de mantenerme ocupado: miré largo rato por la ventana que daba a la parte exterior de la unidad residencial; cambié de lugar los cojines que reposaban sobre los muebles de la sala; traté de centrar lo más que pude la mesa de centro; acomodé, meticulosamente, las sillas del comedor; cambié de posición los individuales; fui a la habitación de las visitas, donde había dormido durante las últimas semanas, e hice la

cama. Apagué la luz, me paré debajo del umbral de la puerta; caminé despacio, muy despacio, por el pasillo; me puse contra la pared apenas a un metro de la puerta que daba a nuestra habitación; apagué las lámparas del corredor. En la oscuridad, no pude evitar recordar a Simón. Me preguntaba cómo sería el mundo en el que vivía. ¿Sería un mundo en el que habitaría a ojos abiertos, o en el que estaría, como en esta tierra, dormido? Me preguntaba si recordaría algo cuando despertara. Me preguntaba si despertaría.

Me aprestaba a deslizarme al cuarto cuando un destello salido de ninguna parte iluminó toda la casa. Y de pronto, se soltó, súbito, un trueno. Fue seco, como si se tratara de un disparo. Después oí un chirrido de la verja. Y el viento, como si alguien lo hubiera despertado, empezó a silbar mientras se colaba, desolador y frío, por los visillos de puertas y ventanas.

Finalmente, entré a la habitación. Jacqueline, metida entre las cobijas, parecía un feto nadando en líquido amniótico. La miré, mientras avanzaba. Parecía un gato escondido en medio de ropajes encontrados en cualquier calle fantasma de una ciudad lejana. La sábana cubriéndola hasta la cabeza, la cobija apenas hasta la cintura. No nos habíamos puesto de acuerdo para dormir juntos. Simplemente, al verla aminorada, como la encontré, me había tendido a su lado y había terminado abrazándola. Quería consolarla. Ella se había pegado a mi cuerpo como un animal que se prepara para consumirme. Yo me dejé consumir. La había escuchado. Y, finalmente, la había visto dormir como un bebé. Pensé en el bebé al que ella le había quitado la vida. También dormía. Solo que él ya lo haría para siempre, sin poder despertar jamás.

Cuando sintió que el colchón de la cama se hundía con mi peso, Jacqueline se descubrió la cabeza y se volvió pesadamente para mirarme. Me pidió que no apagara la luz. Y

me dijo que quería hablar. Se sentó en la cama, con dificultad, y puso sus manos sobre mis hombros. Me tendió sobre la sábana blanca; luego, con movimientos suaves y lentos, alisó las arrugas de mi pijama. Le permití hacer lo que quisiera. ¿Qué más podía hacer?

—Déjame hablar —me dijo.

Los repentinos goterones de un fuerte chaparrón precedieron sus primeras palabras.

Al principio me habló de su niñez, de los juegos que disfrutaba, de los recuerdos que le habían quedado, de las enseñanzas de sus padres en una época de la que, me dijo, poco recordaba. Sin embargo, me pareció que le habían ocurrido muchas cosas y que recordaba demasiadas. Yo mismo no podía hurgar en mi memoria y sacar más que algunas escenas relacionadas con hechos que me habían marcado profundamente. Luego, me habló de su juventud. Había tantas situaciones de las que nunca me había hablado. Me hizo pensar en lo vastos que llegamos a ser, en lo difícil que es que nos demos a otros enteramente y que, por tanto, otros nos conozcan a plenitud. Yo la escuchaba sin preguntar, sin expresar nada. Apenas la miraba a ratos y a ratos bajaba la vista. Como si quisiera que ella sacara de las profundidades de su corazón cuanto le dolía, o, al menos, cuanto la hacía pensar.

Al cabo de una hora de reminiscencias, Jacqueline llegó a la etapa de su vida en que nos conocimos. Repitió para mí lo que sucedía a su alrededor antes de conocerme, la forma como se había grabado en su mente nuestro encuentro y lo que conservaba en sus recuerdos de nuestra vida en común. Lo suyo eran historias, pero también reflexiones. Aunque traía a colación, de tanto en vez, invenciones que se habían tatuado

en su mente, como se graba en la piel de un caballo la marca candente de su dueño.

Dos horas después de empezar a hablar, seguía haciéndolo, incansable. Yo me había sentado en el borde de la cama, me había arrodillado en el piso, con los codos apoyados en el colchón; me había puesto de pie, me había sentado en una silla a un lado de la cama. Ahora estaba, de nuevo, acostado, como estaba cuando Jacqueline empezó a hablar. Ella, sin embargo, apenas si se había movido. Estaba de espaldas, acomodada sobre los cojines y la almohada, con la cabeza apoyada en la baranda.

Afuera seguía lloviendo. Ya no caían las enormes gotas del fuerte aguacero de hacía dos horas, sino que se mantenía una ligera llovizna que se sentía en las hojas de las plantas, en los vidrios de las ventanas y en las tejas del techo.

A la una de la madrugada me sentí preocupado. Jacqueline acababa de pasar por un legrado y aquel esfuerzo podía afectarla. Se lo dije, pero ella apenas si me escuchó. Me encogí, me arrojé, contuve momentáneamente la respiración. Sentía que ella quería que estuviera allí, pero que no quería verme. Me llegaba su voz, indeclinable, como la solicitud de un condenado. Pero nada más. Mi mente almacenaba los sonidos de su voz, pero no sus palabras.

—Tienes que descansar, Jacqueline —le dije—. Debes estar cansada.

Pero ella siguió sin escucharme. Las palabras salían de su boca como el humo de una chimenea. Sin parar. Así que desistí de tratar de convencerla. Parecía querer hartarse, vaciar su mente, limpiar su cuerpo de lo que había quedado en sus entrañas después de la cirugía.

Hasta que, de pronto, su monólogo cesó. Había llegado a los recuerdos que le habían dejado los días en que conoció a ese

hombre. Por un momento pensé que diría: «Érase una vez una mujer que tenía un hogar feliz, un esposo en el que confiaba y una hija que era el amor de su vida...». Pero no. Apenas si dijo: «Hasta que tú empezaste a ausentarte y él apareció». Luego, calló por completo. Como si fuera una máquina de hablar a la que, de un momento a otro, alguien le hubiera quitado la energía con la que funcionaba.

—No tienes que hablar de eso —le dije—. Al menos yo, estoy dispuesto a olvidarlo.

Su última expresión fue dejar que por las comisuras de sus ojos rodara, redonda y transparente, una lágrima. Detrás de esa primera, rodó otra y otra más. Sus mejillas se humedecieron, se convirtieron en surcos por donde sus lágrimas buscaban el camino hacia la entrada a su boca. Sin darme cuenta ni cómo ni por qué, me enfrenté a un llanto ahogado, triste, angustioso. Parecía que liberara el dolor que había aguantado desde que unas manos, esperaba yo que enguantadas, sacaron de su vientre un pedazo de su propio cuerpo. La vi sollozar, abandonada a unos gemidos desconsolados, que me partían el corazón. La abracé, la apreté tan fuerte como pude. Hasta que se fue calmando. Diez minutos después seguía llorando, pero quedamente, derramando en mi hombro las lágrimas de su pesar. A mi mente no venía una sola idea, no se me ocurría una sola palabra qué decirle, ni una escena qué procurar. Hacía unas horas tenía muchas cosas por decir, pero me había tomado por sorpresa, me había desarmado.

Me dolía ver a Jacqueline en aquel deplorable estado de nerviosismo. Quería que durmiera y así se lo repetí. Ella se dejó recostar en la cama, se dejó cobijar hasta los hombros. Le pedí que cerrara los ojos y que procurara conciliar el sueño. Ella hizo lo que le pedía y, a fuerza de intentarlo, dejó de llorar. Me tumbé a su lado, acaricié con mis manos su cuerpo. Con

las luces apagadas, la noche quedó oscura como boca de lobo. La suave lluvia, que no cesaba, nos invitaba a permanecer así, pegados uno al otro. Jacqueline estaba tan cansada de llorar, que pronto sucumbió. Su respiración se hizo lenta y pausada, su pecho se inflaba y se desinflaba con cada respiración. Cerré los ojos y traté de dejar mi mente en blanco. No sé si lo logré, pero en un momento, que luego no pude recordar, dejé de pensar y de sentir.

★

Me desperté temprano. Después de haber dormido muchos días en la habitación de las visitas, mi propio cuarto me parecía extraño. Como cuando uno amanece en un hotel y abre los ojos, en el nuevo día, preguntándose dónde está. Tardé unos momentos en darme cuenta. Se trataba de la habitación en la que había dormido durante años con Jacqueline. Torcí la cabeza a un lado, y la vi. Estaba acostada en posición fetal, de cara a mí, con los ojos abiertos. Parecía mirarme fijamente. Sin embargo, ni siquiera espabilaba. Le hablé, traté de que reaccionara, pero no me escuchó; o no quiso hacerme caso. Siguió con la mirada clavada en mí, o en el vacío, tal vez descubriendo misterios que solo ella podía desentrañar. Ya no lloraba; ni hablaba. Era como si de la noche al día se le hubieran acabado todas las lágrimas y todas las palabras.

Durante largos minutos estuve contemplando su rostro. Estaba ajado, quizás por el cansancio, con ojeras que delataban su agotamiento. Había empujado la sábana y la cobija hasta su cintura. Su pecho estaba apenas cubierto por la camisa de su pijama. Lo veía subir y bajar en tanto respiraba. Se veía calmada, relajada, aunque por momentos parecía dejar salir un suspiro que la desinflaba por completo a gran velocidad. Por las ventanas entraban los rayos de un

sol que se adivinaba renovado, vencía la resistencia de las cortinas y lo iluminaba todo con su fuerza invencible. Lo que horas atrás era apenas oscuridad, ahora era claridad, una luz potente que irradiaba y llenaba cada rincón. Dejé de mirar a Jacqueline y me incorporé en la cama. Me puse de pie, me calcé las chanclas y caminé hasta la puerta de la habitación. Al abrirla sentí que un aroma tierno, como el de flores recién nacidas, penetraba por debajo de la puerta que daba al exterior. Estiré los brazos, llené de aire mi pecho. Sentí la vida. Pensé en Katerín. Pensé en Genevieve. Pensé en Simón. Miré hacia atrás y pensé, también, que allí, en la habitación, acostada, tras de mí, estaba Jacqueline.

—Si debes decirme algo—me espetó de forma intempestiva—, hazlo ahora por favor.

Por un momento traté de ignorarla, pero pronto me volví y la enfrenté. Me preguntaba a qué se refería. Hacía apenas unos minutos estaba tan impenetrable como una montaña de roca y ahora, como si de un momento a otro algo se hubiera iluminado en ella, me lanzaba una pregunta a la que no le encontraba razón. Me miraba con ojos entre enojados y suplicantes, y esperaba. Se tomaba su tiempo para seguir hablando.

La ignoré y, en silencio, me dispuse, fui a la cocina y preparé café. Avancé con la bandeja hasta el borde de la cama; la dejé sobre el nochero. Le pregunté si quería un pocillo, pero no me respondió. Tal vez estaba pendiente de lo que le fuera a decir. Pero como no sabía de lo que me hablaba, decidí imitarla. Me quedé en silencio. Serví café en los dos pocillos, les puse azúcar y le ofrecí uno. Ella no me recibió. Pero tampoco dijo: «No», ni: «Gracias». Simplemente se cruzó de brazos, pegó el mentón al pecho, como una niña regañada y permaneció impasible, acostada.

Lancé un suspiro.

Luego asentí tres veces, aunque no sabía por qué lo hacía. Definitivamente necesitaba un cambio en mi vida. No podía seguir enfrentando una situación que antes que construirnos, nos destruía. Ya había tomado la decisión. Pero me costaba llevarla a la práctica. El primer paso que debía dar era decirle a Jacqueline cuál era el camino que quería seguir. Ella, al parecer, lo adivinaba. Por eso, pensé, me había soltado de forma abrupta aquella pregunta. Lo había descubierto en el aire. Sentía mi partida cabalgar en los ecos que mi silencio dejaba perdidos en el ambiente.

—Hay muchas cosas que no entiendo —le dije—. Aunque trato de comprenderlas.

Un perro ladraba en la lejanía. Un hombre, en la calle, gritaba a voz en jarro, llamando a alguien. Pensé que durante mi vida con Jacqueline no había logrado comprenderla completamente. Sabía cómo se comportaba cuando estaba enojada, qué le gustaba hacer cuando estaba alegre. Pero nunca habíamos tenido que enfrentar una situación como esta. Ella me dejaba ver que podía ser tan irreflexiva como acelerada, tan locuaz como hermética. Y yo, me daba cuenta también, no era el hombre decidido y firme que creía. Quizás la situación me impulsaba a tomarlo con calma, quizás era necesario, quizás lo requería. Pero me preguntaba cuánto estaba dispuesto a llevar, hasta la destrucción, una relación que, definitivamente, necesitaba un respiro.

—No sé cómo evolucionarán las cosas —le dije a Jacqueline—. Me doy cuenta de que a pesar de lo que hemos vivido, nos conocemos poco. Quizás debemos hacer cualquier cosa por conocernos mejor. Pero tal vez debemos esperar un tiempo, dejar de vernos unos días, o unas semanas, y luego empezar de nuevo. Seguramente que tú y yo nos necesitamos

el uno al otro más de lo que estamos dispuestos a reconocer. Pero, pese a todo, la vida nos llama a dar un rodeo. Quizás yo no debí haber hecho lo que hice. Pero lo hecho, hecho está. Y no podemos detenernos.

Después de pronunciar estas palabras, algo se rompió en mi interior. Un vacío enorme se hizo en mi corazón y mi alma, como si alguien la hubiera apaleado, se replegó y no quiso volver a levantarse. Me costaba erguir la cabeza, me dolía mirar a Jacqueline. Ella, que había escuchado mi corto discurso como si supiera qué era exactamente lo que le iba a decir, me miró con ojos apesadumbrados. Parecía salir del velorio de un ser muy querido. Pero no lloró. Supongo que ya no le quedaban lágrimas a su pequeño cuerpo aporreado. Se acurrucó, de lado, se tapó con la manta y la cobija hasta el cuello, y me dejó mirándola en silencio. La compadecí. Finalmente, yo tenía mis planes: iría a Bogotá, buscaría a Genevieve, vería a Simón, me concentraría en su recuperación. De tanto en vez llamaría a Katerín, estaría, sin embargo, siempre pendiente de ella. Habría que explicarle lo que pasaba. No tenía edad para entenderlo, pero había visto cómo iban las cosas durante los últimos tiempos entre su madre y yo.

*

Al día siguiente llamé al colegio de la niña; le expliqué a la profesora que teníamos una situación difícil en el hogar y que Katerín estaría ausente de sus estudios durante una semana. Era lo que había previsto Jacqueline. Llamé a sus abuelos, hablé con ellos. No estaban enterados de nada, me había dicho Jacqueline. Eso hacía las cosas menos difíciles. Después hablé con Katerín. Estaba bien, se sentía feliz, pero, me dijo, no entendía por qué estaba en El Santuario en época de estudios. Le dije que papá y mamá necesitaban unos días

para estar juntos, para poner algunas cosas en claro. Le pedí que disfrutara de la compañía de sus abuelos, que los cuidara, que los respetara mucho. Que hiciera cuanto le ordenaran o le pidieran. Le dije que comiera lo que le sirvieran, que no gritara, que no corriera. Al final, me despedí de ella con lágrimas en los ojos.

Durante la mañana, me quedé en casa con Jacqueline. Y en la tarde, me fui a la universidad.

Las clases se me hacían largas y aburridas. Nunca, como ahora, me había parecido que repetía de forma incesante el mismo discurso de siempre. Miraba a los alumnos sentados en la última fila y veía sus rostros inexpresivos, sin interés, como si estuvieran allí porque alguien los obligara. Entre clases, me iba a la cafetería, tomaba café; luego me encerraba en mi oficina y revisaba la papelería. Se me antojaban, también, meros documentos sin fondo, carentes de sustancia. Los leía porque no tenía más remedio; los digería porque lo necesitaba. De no haber sido así hubiera dejado todo y hubiera escapado a otro mundo. Uno que estuviera tan lejos como una galaxia en el otro extremo de un agujero negro.

*

A mitad de semana, mientras dictaba mi clase, estalló un petardo. Lo habían dejado en el descansillo de las escalas. Estábamos en el segundo piso y el ruido del artefacto, seco, agudo, desconcentró a todos los estudiantes. Los muchachos se miraron entre sí. Yo guardé silencio por unos momentos, como si esperara la reacción que seguiría a continuación. Podía ser que decidieran ir a ver qué daños habían ocurrido; o que buscaran las escalas en el otro extremo del bloque para salir corriendo; o que se reunieran en cualquier parte, quizás en una de las zonas de estudio, a hablar de lo que había pasado.

Sin embargo, todos permanecieron sentados. Esperaron a que terminara mi clase. Lo hice de forma apresurada. Encontraba, en aquella situación, un pretexto para desarrugar mi alma en un lugar diferente al aula. Me fui a mi oficina y, desde la ventana, vi a los estudiantes reunirse, hacer convocatorias para una asamblea, pedir que todos se unieran para reclamar el cumplimiento de las promesas incumplidas por las directivas de la universidad.

La causa parecía estar bien justificada. Y los arrebatos de los estudiantes, como nunca antes, parecían estar tan álgidos y candentes como para provocar un desorden monumental.

Antes de terminar el día, dos petardos más estallaron en otros bloques. Me puse de pie y me fui a la ventana. Abrí la celosía y miré alrededor. Muchos de los alumnos empezaron a evacuar el campus. Temían que una jauría de policías entrara de pronto, a la fuerza, y se llevara presos a un grupo de jóvenes para usarlos como chivos expiatorios. Nada me importaba. Todo a mi alrededor parecía estar estallando en mil pedazos. Todo parecía estar deshaciéndose poco a poco. Contemplé a algunos muchachos encapuchados, los vi caminar en dirección a la cafetería. Se repartieron por entre las mesas, se camuflaron entre los estudiantes que trataban de ignorar lo que pasaba mientras seguían haciendo sus ejercicios de cálculo y física. Cerré la celosía y me fui de nuevo a la silla detrás de mi escritorio. «Adelante, chicuelos», me dije, «hagan de este lugar lo que quieran».

*

Al día siguiente todo había degenerado, tan rápido y en tal magnitud, que las directivas habían decidido cerrar la sede de Medellín de la universidad. Frente a lo precipitado, me preguntaba si todo no había sido el mero seguimiento de

una trama preconcebida. Así que, sin darme cuenta, me vi condenado a vivir sin trabajo, en un momento en el que hubiera dado lo que fuera por estar fuera de casa, muy ocupado.

Los días pasaban lentamente, sin propósito alguno. Jacqueline había empezado a dar sus primeros pasos como parte de su recuperación. Pero ninguno de los dos encontraba su dirección. Nos cruzábamos, pero evitábamos mirarnos. Yo había vuelto a dormir en la habitación de las visitas, ella seguía en el que siempre había sido nuestro cuarto. Supongo que los dos nos sentíamos de la misma forma, sin saber si éramos invasores o prisioneros. Ya no quería encerrarme en mi habitación, como había hecho durante los días anteriores. Quería moverme en libertad, como si fuera un ser de allí, y no un esclavo de la vida y de las vicisitudes.

En un momento en el que nos cruzamos en la cocina, miré a Jacqueline a los ojos. Pero ella no me miró. Permaneció con la cabeza gacha, concentrada en lo que hacía. Seguimos, cada uno, trajinando sin prestar atención al otro. Me preguntaba qué más podía hacer. Me decía que no había otro camino que tomar, al menos no en este momento. La separación era algo inminente. Sabía que era su forma de presionarme. Ella quería volver a nuestra vida de antes, tener, como siempre, una rutina en la que éramos indispensables el uno para el otro. Pero las cosas no eran tan fáciles. Yo deseaba estar a solas, recuperar parte de una vida que había perdido y que de un momento a otro me había reclamado. Pero no sabía cómo resolver el problema. Lo único que sabía era que el solo hecho de vernos, nos hacía, a los dos, infelices.

¿Será esta la cúspide de una relación marital?, me pregunté. ¿Habré alcanzado la cucaña a la que todos, finalmente, aspiramos? No podía menos que mirar hacia atrás y lamentar lo que veía. En lugar de avanzar, retrocedía; en lugar de

levantar un palacio que se hiciera cada vez más fuerte y hermoso, veía cómo la pequeña casa que habíamos erigido en años se derrumbaba así no más. Contratiempos, altibajos, inconvenientes. Solo eso. Era como si, después de todo, nada se hubiera creado. Como si apenas se tratara de un cuadro que, después de terminado, se lanzara a quemar en una chimenea. El paisaje final era un terreno plano, sin árboles, sin hojas ni flores. Mera monotonía. Como si jugara el mismo juego una y otra vez, hasta sentir que ya no lo soportaba. Me parecía moverme por las pequeñas callejas de un laberinto. Lo único seguro que veía era la soledad.

Dejé de pensar en pesadumbres. Cerré los ojos por un momento. Traté de concentrarme en algo agradable en el futuro. ¿Qué sería? No lo sabía. Pero algo tendría que llegar. Podía aprovechar el tiempo de cierre de la universidad para escribir un libro. Hacía días que no producía. Y, por fortuna, en mi cabeza revoloteaban imágenes, frases, melodías, fragmentos de historias que tenían que ver conmigo y con mi vida. La verdad es que nunca me había sentido tan profesor. Desempeñaba mis funciones porque eran parte de mi sustento, del sustento de la familia. Pero me divertía más sentarme a plasmar historias de seres imaginarios, analizar la vida de los otros, hacer convivir en el papel a quienes en la vida real nunca se encontrarían.

Me preguntaba qué valor le daba a las materias que impartía. ¿Representaban, realmente, tanto como debían? Quizás solo repasaba los currículos porque era necesario, pero no sacaba de ellos nada que me hiciera vibrar. Tal vez de perder el salario que recibía, dejaría para siempre, gustoso, de leer libros de texto, de preparar clases, de ofrecer a los jóvenes que recitaban frente a mí las lecciones que ellos, muchas veces, ni siquiera valoraban. La verdad es que no causaba ninguna impresión

en mis alumnos. Me miraban sin verme, como mira un simple curioso los cuadros en un museo. Muchos ni siquiera sabían mi nombre. Pese a todo, yo cumplía con las obligaciones que había contraído cuando firmé mi contrato laboral. Día tras día les ponía tareas, les dejaba trabajos; recogía sus exámenes y los revisaba con atención; hablaba con ellos en relación con sus fallas; les hacía ver sus deficiencias y los estimulaba para que mejoraran. Pero nada más.

★

El viernes, en la tarde, tuvimos visita. Yo estaba viendo la televisión y Jacqueline se encontraba sentada en el vestíbulo, leyendo un libro. Desde la parte exterior de la casa nos llegó, súbito, un ruido amortiguado. Era la chambrana que se abría, de par en par, con un chirrido agudo de las bisagras. Hasta ese momento me sentía relativamente tranquilo en el mundo en el que estaba, viviendo la vida que vivía. No había ruidos que me molestaran, ni tareas a las que tuviera que hacer mala cara. Solo estaba el espacio, el aroma de las flores que llegaba desde el jardín. De vez en cuando sentía el sonido que hacía el cambio de hoja en el libro que leía Jacqueline. Por lo demás, ella parecía ni respirar. Estaba sentada en una de las sillas del comedor, acariciando con sus ojos las líneas del libro, seducida completamente por la historia que discurría en las hojas. O, al menos, eso era lo que yo creía. Entonces, de repente, el ruido en la puerta nos hizo volvernos simultáneamente. Fui a abrir. Parada bajo el umbral estaba la niña de la casa vecina. Venía buscando a Katerín. Quería jugar. Le dije que ella estaba con sus abuelos, que regresaría el domingo y que de seguro estaría muy emocionada de verla. Jacqueline, al sentir la voz de la niña, se incorporó de la silla. Se acercó, todavía con el libro en su mano, a la puerta.

Saludó a la pequeña, le preguntó cómo estaba y le dio la misma información que yo ya le había suministrado. Cuando la niña partió y la puerta estuvo cerrada, dejamos atrás aquel momento y nos fuimos, cada uno, de nuevo, en silencio, sin mirarnos, a nuestra respectiva ocupación.

Me preguntaba si esto era la vida. Tenía que haber formas diferentes de consumir las horas. Debía haber maneras distintas de llenar los vacíos, de crecer, de ser alguien, de vivir. La semana había sido agotadora. Apenas si había tenido que hacer y los días se habían alargado como un resorte al que se estira de las puntas. Por las mañanas, iba a la librería y revisaba las facturas; también llamaba al gerente de la librería en Bogotá y le preguntaba si todo marchaba bien; por la tarde, me dedicaba a algunos arreglos en la casa: limpiar el desván, rellenar con cemento las grietas que habían aparecido en el piso, desgarrar algunos pedazos de papel pintado que se desprendían de las paredes. Jacqueline, por su parte, se dedicaba a labores más domésticas: limpiaba la losa, aspiraba, sacudía los muebles. Todos los días lo mismo. Katerín hacía una falta enorme. Cuando estaba, ensuciaba más de la cuenta. Pero entonces proponía cosas diferentes qué hacer: salir a cine, comer frutas con crema, escuchar su música predilecta en el equipo de sonido.

Había llegado la noche y cada una de las escenas del día anterior se repitió: cerrar las persianas, cerrar las puertas, correr las cortinas, deshacer la cama, sacar del clóset las cobijas, acostarme después de lavarme los dientes y mirar, uno a uno, todos los rincones de la habitación.

★

El sábado, todo cambió. En la mañana me sumergí en la piscina de la unidad residencial y nadé durante una hora.

Me había llevado un libro, así que me deslicé en la pequeña cafetería, pedí un jugo de mandarina y me puse a leer. Lo hice por el resto de la mañana. De regreso a casa saludé a Jacqueline. Ella me había dejado servido el almuerzo en la mesa del comedor. Devoré la carne y la pasta con un apetito voraz. Parecía una fiera a la que se ha tenido encerrada durante días y de pronto se le suelta en una celda donde hay varios condenados. Más tarde me recosté en la cama de la habitación de las visitas y descansé durante media hora. Luego puse a sonar el disco de Mahler que Genevieve me había regalado. Me serví un vaso de vino blanco y, durante horas, estuve recordando muchos momentos que había vivido con ella en el pasado. Cuando terminó de sonar el disco, permanecí aún recostado en el sofá, tomando lentamente lo que quedaba de vino en la copa. Me preguntaba qué estaría haciendo Katerín en este momento. Quizás jugando en las verdes mangas de la finca, o recostada al lado del vivero, recibiendo algo de sol. En todo caso, me dije, estaba lejos de mí. Al día siguiente era día de ir a recogerla. En uno de los raros momentos en que me había hablado, Jacqueline me había pedido que cumpliera esa tarea. Aún quería permanecer acostada, recuperar las fuerzas que le faltaban para seguir enfrentada a la vida.

Por la noche recibí una llamada de mi jefe. Una fuerte voz masculina pronunció mi nombre cuando respondí. «¿Eres tú, Rubén, verdad?», me dijo. Iban a ser las ocho de la noche y ya me había encerrado en el cuarto. Estaba leyendo. Tuve en mi cabeza sensaciones tan extrañas como una bicicleta rodando a toda velocidad por una pendiente sumamente escarpada. El hombre repitió mi nombre.

—Sí, soy yo —le dije. Luego, sonó como si dos líneas se hubieran interferido. Alcancé a escuchar voces de mujeres, y luego, una especie de choche de trenes. O eso me pareció.

—Supongo que la estarás pasando mal sin trabajar —me dijo.

—Pues... sí —le respondí.

Su voz me llegaba como un ronroneo metálico, como si se tratara de una lata que fuera rodando por el suelo. Pero se entendía lo que decía. Las palabras penetraban en mis oídos con fuerza, me obligaban a estar atento.

—Te llamo desde Bogotá —siguió hablando mi jefe—. Estamos tratando de resolver los problemas que tenemos en Medellín, pero las cosas no se ven tan transparentes. Lo cierto es que queremos mitigar los efectos negativos para la planta de personal. Los estudiantes tendrán que ceder esta vez, porque lo que piden se sale de todo presupuesto. Pero no sabemos cuándo ocurrirá. Es más, no sabemos si ocurrirá. —Tosió dos veces, luego carraspeó. Continuó—. Bueno, te lo resumiré: la propuesta es que te vengas a Bogotá durante un par de semanas; trabajaremos en la definición de la estrategia en Bogotá. Ojalá para entonces se hayan arreglado las cosas. ¿Estás de acuerdo? —me preguntó.

—Claro que sí —le dije, sin titubear.

—¿Podrías estar el lunes aquí? —me dijo.

—¿Aquí? ¿Te refieres a Bogotá? —le pregunté; quería estar seguro.

—Sí —me dijo—. Te necesitamos lo antes posible.

—Lo encuentro difícil —le dije a mi jefe—. Me quedaría mejor el miércoles.

—¿Te parece, o puedes venir el miércoles? —me espetó—. Quiero una respuesta contundente.

—Sí —refuté—. Quiero decir que sí. No hay problema. Allí estaré. El miércoles.

Iba a agregar algo, pero solo alcancé a decir: «Sólo que...», y la comunicación se cortó abruptamente, como si hubiera

ocurrido un apagón. Permanecí todavía unos momentos con el auricular pegado a la oreja. Las interferencias volvieron a generarse. Y voces de mujeres, roncas y lejanas, hablando entre sí, me llegaron de nuevo como maullidos de gatos de casas vecinas.

★

El domingo, temprano en la mañana, cuando me hube bañado y vestido, llamé a la puerta de la habitación de Jacqueline. Agarré la poma de la chapa y abrí lentamente. Ella seguía tendida en la cama. Me senté a su lado, acaricié con suavidad su mejilla. La tenía húmeda de lágrimas. Había estado llorando de nuevo y sus ojos, adornados por unas enormes ojeras, parecían los de un zombi.

—Para mí no es fácil hablar de esto —le dije—. Pero me han ofrecido irme a Bogotá a trabajar por dos semanas.

Ella se incorporó, se sentó, se sonó la nariz.

—¿De eso se trataba la llamada de anoche? —me preguntó mirándome como si lo hiciera por detrás de unos lentes progresivos.

—Así es —le dije—. Pensé que por un lado era necesario aceptar; pero, por el otro, conveniente para nuestra relación.

—¿Eso crees? —me dijo mientras volvía a sonarse.

—Así es —le respondí—. Dos semanas no es demasiado tiempo; pero pueden ser suficientes para que los dos respiremos otro aire.

—Finalmente —me dijo—, ella ganó.

Volvió a acostarse y a cobijarse hasta la barbilla.

—No lo veas así, Jacqueline —le dije—. Ya te he explicado cómo han sucedido las cosas. Y es cierto. Pero también lo es que debo hacerme cargo de una situación.

—Lo sé —me dijo al fin, como si quisiera dejar de hablar.

—Quiero que lo entiendas —le pedí, rozando con mi mano su talle.

—Lo entiendo —me respondió sin moverse. Sacó una mano de debajo de las cobijas, y me hizo señas de que me alejara.

—Iré por la niña —le dije desde la puerta. Ella no respondió.

★

Katerín me sorprendió con un regalo. Había metido en un frasco de vidrio una mariposa. Había abierto varios huecos en la tapa de pasta para permitirle respirar. Era un animal pequeño, de color amarillo, de cuya diminuta cabeza se desprendían dos largas antenitas. Las alas estaban adornadas por dos hileras de pequeños círculos blancos, que se extendían a lo largo de sus bordes, como carrileras de tren. Parecía una criatura de ensueño. De todas formas, daba la idea de haber sido creada por computador para protagonizar una película de Disney. El abuelo le había ayudado a preparar el ambiente en que viviría: un par de hojas de árbol de mango, algunas briznas de hierba y un poco de arena. El animal volaba de un lado a otro, pegándose durante unos segundos en cada hoja o brizna, inquieta, como si no encontrara donde resguardarse.

—Estaba en el jardín —dijo Katerín mientras tomábamos carretera. Levantó el frasco y lo puso a la altura de sus ojos. Parecía querer descifrar los misterios encerrados en la vida del pequeño y colorido animal.

—¿Y crees que es bueno mantenerla encerrada? —le pregunté. Me daba lástima saber que tan bonito ejemplar estuviera condenado a morir. No le daba más de un día de vida encerrado allí, pero, igual, no se lo dije a Katerín. Quería que ella misma tomara una decisión sobre lo que se debía hacer.

Contenido

1.....	7
2.....	27
3.....	55
4.....	85
5.....	111
6.....	131
7.....	145
8.....	167
9.....	189
10.....	215

ALBEIRO PATIÑO BUILES

Ingeniero electricista, con especializaciones en hermenéutica literaria y alta gerencia; asimismo, magister en Dirección Estratégica, Planificación y Control de la gestión del IEE de España.

Ha recibido numerosos premios, entre los que se destacan el primer puesto en el II Premio Nacional de Novela – Premios Nacionales de Cultura de la Universidad de Antioquia (2006) y el primer puesto en el Primer Concurso de Cuento de la Asociación de Empleados del Banco Industrial Colombiano (1996). Sus publicaciones literarias, son: *Historias cruzadas* (cuentos, 1994), *Bandidos y hackers* (novela, 2007), *Phishing* (novela, 2010), *Construir una novela. Cómo orientarse en el proceso de creación literaria* (ensayo, 2011), *Intimidación* (novela, 2014), *Galán, crónica de un magnicidio* (novela, 2014), *Las intermitencias del corazón I. Melancolía y enajenación* (novela, 2016), *La forja de un escritor* (ensayo, 2017), *Sombras en la Red* (novela, 2019).

Textos
Urbanos

Este libro se terminó de imprimir en Ediciones Dario Actual, en noviembre de 2019.

Las fuentes tipográficas empleadas son *Bookman Old Style regular* en 10 puntos para texto corrido y *Swiss921 BT* en 12 puntos para títulos.